

# LA HISTORIA VIVIDA

Belén FERNÁNDEZ  
Historiadora

## La recepción de Novo y Colson en la Real Academia de la Historia

Tradicionalmente siempre hubo en la Real Academia de la Historia uno o más académicos de número pertenecientes a los Cuerpos de la Armada. Los Vargas Ponce, Fernández de Navarrete y Fernández Duro (después habría otros nombres ilustres, como los de Estrada, Guillén y Gella Iturriaga) pondrían el acento marineramente en la investigación y el estudio del pasado patrio. Precisamente en la vacante que produjo el fallecimiento del insigne historiador y geógrafo don Cesáreo Fernández Duro, fue nombrado otro destacado jefe de la Armada, cuyas dotes intelectuales eran sobradamente conocidas: el teniente de navío retirado don Pedro Novo y Colson, cuya recepción en la docta Corporación se verificó solemnemente el 14 de junio de 1909.

De una publicación de la época, *Vida Marítima*, que manifestaba una especial sensibilidad hacia los acontecimientos que afectaban a la Armada, entresacamos los párrafos más sobresalientes de la recepción, respetando el lenguaje, algo barroco pero siempre expresivo, de primeros de siglo.

Un selecto auditorio —escribía el autor de la crónica— escuchó el discurso del nuevo académico, que eligió un tema lleno de actualidad para la Marina y para la patria que estaba por completo dentro de sus aficiones y reconocida competencia cual fue, «El poder naval», que tuvo la fortuna de desarrollar con brillantez, amenidad y precisión admirables.

Comenzó Novo y Colson su notable trabajo haciendo la apología de su inolvidable antecesor, que tantos desvelos, estudios y afanes, consagró al cultivo de la Historia y de la Marina, y después de dar las gracias por la distinción que se había hecho al elegirle para suceder a tan eminente sabio, expresó cómo al recordar sus primeros pasos en el Colegio Naval de San Fernando las esperanzas y los entusiasmos que entonces acariciaban su espíritu, se preguntaba por qué unas y otros acariciados en la gran familia naval de todos los países, sólo en el nuestro han de verse trocados en desilusiones; pintaba a la patria, grande y sin rival por espacio de dos centurias, decadente después, y hoy en los últimos destellos de un hogar que se extingue; reflejaba en hermosas frases el amor que por ella sienten los que visten el botón de ancla, y su duelo al ver, en nostálgico sueño, desfilar antes su ojos a nuestros marinos de ayer, cuyas historias reviven, evocaba el recuerdo de aquellas gloriosas figuras que se llamaron Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Mazarredo, Alvear y Ponce de León, Ibeceta, Millán, Tofiño, Mendoza y Ríos, Císcar, Alcalá Galiano, Churrua, etc., y teniendo en cuenta que en los albores del siglo XIX poseíamos un imperio, del que hoy sólo nos queda el recuerdo, se preguntaba cómo la Marina de guerra no pudo evitar tal desastre, y sintetizaba su pensamiento y la respuesta

en el aserto de que «la riqueza y la gloria de toda nación marítima se halla relacionada estrechamente con su poderío naval».

«Por eso —añadía el nuevo académico— mientras España tuvo escuadras, éstas le conservaron íntegro el extenso territorio de sus colonias, y por eso cuando cesó de construir buques y la Marina “fue poca y mal pagada”, según la célebre frase de Fernando VII, todas aquellas lejanas posesiones pudieron recabar su independencia; por eso, cuando años después se dio a la Armada, nueva, aunque efímera vida, supo imponer respeto y escribir en sus anales la gloriosa página de El Callao, y por eso, cuando hace poco fue su risible contingente enviado contra el formidable de una nación de primer orden sólo pudo ofrendar a la patria su heroico sacrificio.»

Recordó la patriótica labor de los ministros de Carlos III y volviendo la vista al estado presente, pintó nuestra actual situación en los siguientes párrafos con que puso fin a su discurso:

«Yo quisiera que una voz intensa y pavorosa de origen maternal resonase desde el Pirineo a Sierra Nevada, desde el Ebro al Guadalete, penetrando en todos los hogares españoles, y que de las masías de Cataluña, de las barracas de Valencia, del cortijo andaluz, de las casas solariegas, de los palacios y de los templos le respondieran al unísono: ¡No temas ya, madre patria, que los nietos de Cortés y de Bazán hemos despertado!»

El académico señor Fernández de Bethencourt contestó al discurso del recipiendario, y después de dar la bienvenida al señor Novo y Colson, entonó un verdadero himno de esperanza en la resurrección de la patria.

Comenzó haciendo un cumplido elogio del nuevo académico y poniendo de relieve los merecimientos del señor Novo para ocupar el sillón vacante como historiador y como literato, y luego de enumerar con acertadísimos comentarios las obras de aquél, penetrando en el fondo del tema desarrollado por el señor Novo, hizo notar la celada de pesimismo y desesperación que se advierte en el discurso de éste.

«Tengamos fe en la Patria —añadió— ¡Quién sabe si nacerá pronto, si ha nacido ya, el Carlos III por quien suspira su patriotismo acrisolado! ¡Quién sabe si ha nacido ya el protector inteligente de la Marina española; no el Monarca absoluto que encerraba en su real pecho los motivos de resoluciones arbitrarias, sino el Soberano progresivo y regenerador para quien era objeto del mayor cuidado el adelantar y mejorar nuestra Marina! ¿Quién sabe si han nacido ya los Navarros, los Patiños y Somodevillas que han de auxiliar a su Rey en esta empresa salvadora?»

«Esperamos así que las generaciones inmediatas —acaso en algún modo la propia nuestra a pesar de tener ya recorrida tanta parte de nuestro camino, siquiera vislumbrándola— puedan ver pronto la *mínima centella* de que nos habla el padre de la Historia, comienzo cierto de la inmensa y edificante hoguera, a cuyo calor despierte y rescite el amor a la patria.»

Aplausos unánimes demostraron al señor Berthencourt que había interpretado los sentimientos de la docta Corporación, mientras que el nuevo académico recibía los plácemes y enhorabuenas de los asistentes a tan ilustrado acto.

## Nota de la Redacción

Don Pedro Novo y Colson es uno de los más significados prototipos de los marinos ilustrados del siglo XIX. Nacido en Cádiz en 1846, a los dieciséis años ingresó en el Colegio Naval y de guardia marina efectuó varios cruceros en las corbetas *Villa de Bilbao* y *Esperanza*. Después navegó en la fragata *Princesa de Asturias* y en la *Tetuán*. Tomó parte en las primeras campañas cubanas y en la lucha contra los cantonales. En 1878, siendo teniente de navío, fue nombrado profesor de la Escuela Naval, y destinado poco más tarde a Madrid, se consagra de lleno a la actividad científica y literaria, simultaneando el cultivo de diversos géneros y actividades afines. Entre sus obras más importantes figuran *Paseo científico por el Océano*, con prólogo del marino y académico Javier de Salas; *Última teoría de la Atlántida*; *Historia de las exploraciones árticas hechas en busca del paso del Nordeste*, prologada por Fernández Duro; pero su obra más trascendente es, sin duda, la *Historia de la Guerra de España en el Pacífico*, aparecida en 1882. Junto a ella tuvieron también gran acogida *La vuelta al mundo por las corbetas «Descubierta» y «Atrevida»* de 1789 a 1794, así como el estudio estratégico sobre *Las escuadras europeas*, aparecido en 1888. Cultivó también con la mayor fortuna el teatro y el periodismo, fundando la revista *El Mundo Naval Ilustrado* y *El Diario de la Marina*. Fue académico de las Reales de la Historia y de la Lengua y murió en Madrid a comienzos del año 1931. Su figura es digna de un estudio a fondo que reivindique y haga justicia a todos sus valores.